

ÓSCAR COELLO

***JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO: CENTENARIO DE UNA  
TESIS MEMORABLE***

---

*Resumen:*

El presente artículo, luego de contextualizar la tesis de José de la Riva-Agüero, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, describe su contenido y compulsa sus valores a un siglo de su presentación en esta Casa de San Marcos.

*Abstract:*

In this article, after setting Riva Agüero's thesis in its right historical framework, the author describes its contents and assesses its values, a century ago from dissertation day.

*Palabras claves:*

Riva-Agüero, literatura, Perú independiente.

*Keys words:*

Riva-Agüero, literature, independent Peru.

---

Este año se conmemora el centenario de una tesis que don José de la Riva-Agüero y Osma presentó a los 19 años de edad en la Casona de San Marcos. De ella escribe Luis Alberto Sánchez: "El joven estudiante asombró a sus maestros y condiscípulos cuando en 1905, para graduarse de bachiller en Letras, presentó a la Facultad respectiva una voluminosa tesis titulada "*Carácter de la literatura del Perú Independiente*", libro como no se había producido ninguno de tal laya entre nosotros, superior por mil conceptos a los trabajos

de Carlos Prince, Felix Cipriano Coronel Zegarra, las monografías de Ricardo Palma, José Toribio Polo y Eleazar Boloña sobre la materia, y un notable avance sobre el prólogo de Menéndez y Pelayo al tercer tomo de su *Antología de la poesía hispanoamericana* (1894)<sup>1</sup>. La tesis fue elogiada, luego de su publicación inmediata, por don Miguel de Unamuno y por el propio don Marcelino Menéndez y Pelayo. En las líneas que siguen, pretendo hacer una rápida lectura de obra tan singular.

En 1905, no se había descubierto aún Machu Picchu; faltaba casi una década para que Jorge Chávez estrellara las alas amarradas con cuerdas de piano de su mítico Bleriot en Domodósola; los extramuros del mundo en Lima eran señalados por un penal tenebroso llamado el Panóptico, que se ubicaba donde hoy día es el Hotel Sheraton; faltaban doce años para que recién se fundara la Universidad Católica; Julio C. Tello era un médico sanmarquino que aún no había desenterrado Chavín de Huántar o Paracas. Ricardo Palma era el Director de la Biblioteca Nacional y González Prada preparaba la edición de *Horas de lucha*; el poeta Chocano andaba de viaje cumpliendo puntuales visitas en los palacios tropicales de sus amigos, los tiranuelos de Centroamérica, y ese año publicó *Cantos de vida y esperanza*. En verdad, el Perú se recobraba de una guerra infame; y acabábamos de voltear un siglo en el que quizá cometimos la mayoría de nuestros errores o, para decirlo con palabras de la tesis que conmemoramos, habíamos presenciado «el terrible espectáculo de un pueblo que se destrozaba con sus propias manos»<sup>2</sup>, hablando de las estocadas sin nombre que le dio el militarismo a nuestra incierta república.

<sup>1</sup> SÁNCHEZ, Luis Alberto, *La literatura peruana*. Lima: Ediventas, 1966. Tomo IV, p. 1262.

<sup>2</sup> RIVA-AGÜERO, José de la, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, estudios de Literatura Peruana. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962. p. 115.

A pesar de su juventud impecable, Riva-Agüero había leído con fervor —entre otras muchas cosas— las extensas y sesudas obras de Hipólito Taine y de Marcelino Menéndez y Pelayo; y, prácticamente desde niño, había sido un solitario lector de todo libro más bien propio ya de la conciencia de un enterado humanista: así y solo así, se había hecho dueño de un indiscutible amor y pasión por esta patria de historias encontradas y desencuentros sin término, donde él ya había ubicado a esa edad tempranísima el cauce preciso de su destino de intelectual serio y responsable. Este joven, casi niño, digo, se propuso —como tesis de investigación del pre-grado— crear de golpe los estudios literarios de nuestro país recién emancipado, donde todo se encontraba disperso, donde todo estaba por hacerse.

Había ingresado a la Facultad de Letras hacía apenas tres años, en 1902, y el trabajo lo había terminado, según propia declaración, en 1904. No era la primera vez que alguien hacía un panorama de las letras peruanas. En el siglo anterior Marcelino Menéndez y Pelayo y, mucho antes, Ticknor —solo para citar los más eminentes trabajos— habían propuesto un ordenamiento del quehacer literario castellano en el Perú; pero eran obras hechas por extranjeros, sabias pero ajenas al entender del país. Él mismo reconoce la anticipación sufrida: “...molesta y humilla verse precedido por maestros que han dejado muy poco por decir...”<sup>3</sup>. No cita nunca a Ticknor, que es de 1854, pero sí muchas veces a Menéndez Pelayo, que es de 1894. Debo precisar que lo que se propuso el joven Riva-Agüero fue solo el ordenamiento de la producción artística en lengua española del siglo XIX, es decir, del Perú Independiente, y rehusó prudentemente tratar la producción inmediata de los primeros años del siglo XX. En ese sentido, la tesis consiguió delimitar muy bien su objetivo, desde el título.

Los parámetros de su trabajo, así lo reclama en varios tramos de la tesis, eran estos: “he procurado estudiar honradamente la materia, acudiendo a las fuentes más seguras y leyendo todas las obras

---

<sup>3</sup> Ídem, p. 75.

en que me ocupó, y he declarado con entera sinceridad la impresión que dichas obras me han producido”<sup>4</sup>. Es decir, estamos ante una lectura crítica impresionista, pero debo decir también que este impresionismo se encuadra mejor dentro de los marcos historicistas, tanto como de la llamada crítica de influencias y se desborda ante los frecuentes juicios sociológicos del crítico. Pero no solo sociológicos, sino también políticos, educativos, antropológicos y hasta económicos. Por ejemplo, en sus conclusiones recomienda “atraer a toda prisa la inmigración y el comercio de los distintos países europeos”<sup>5</sup>, para frenar la hegemonía de los Estados Unidos. En otro momento de las mismas conclusiones dice que “la cancillería de Washington nos gobernará y manejará a su antojo”<sup>6</sup>; y como las tales hay indicaciones en todos los campos mencionados. Debo decir que el joven graduando era consciente del desborde y se disculpa así ante su jurado: “El tema me ha llevado insensiblemente más allá de lo que quería: a conclusiones que tienen algo de sociológicas (...) Dispensadme, señores; disculpad mi inexperiencia”<sup>7</sup>.

Pero si algo nos sorprende en la tesis de Riva-Agüero es, justamente, la versatilidad y la experiencia del crítico demostradas a tan tierna edad. Nos asombra la facilidad con que recorre todos los campos y todas las materias, nos admira por la madurez con que opina y por la valentía (a veces temeridad) de sus juicios; y por la sinceridad que tantas veces reclama como parámetro para entender su obra.

Es hora de dar cuenta de la tesis y, junto con la descripción, deslizaré muy respetuosamente algunas observaciones. El primer capítulo trata del “Carácter literario de los peruanos” y se inicia con una frase irremplazable: “Dos razas, aunque en muy diverso grado, han contribuido en el Perú a formar el tipo literario nacional: la espa-

---

<sup>4</sup> Idem p. 62.

<sup>5</sup> Idem p. 299.

<sup>6</sup> Idem p. 301.

<sup>7</sup> Idem p. 305.

ñola y la indígena”<sup>8</sup>. Quiero explicar lo de “en muy diverso grado”. El Perú independiente, el del período de la tesis, o al menos el Perú de los tres cuartos finales del siglo XIX no era muy diferente al de 1821 ó 1824: los españoles se fueron, pero nosotros éramos los mismos, el pueblo seguía hablando de pesos y pesetas, las telas se medían en varas y se seguían comprando los granos en libras y arrobas; cruzábamos con la misma prosapia el puente de piedra del río hablador para ir a los paseos virreinales de la Alameda, Amancaes o a la magia de los toros de la Plaza de Acho. Y nos seguíamos apellidando López o Martínez. Íbamos a las mismas iglesias no solo los domingos, sino a las novenas nocturnas; y las mujeres no entraban a misa en San Francisco, San Marcelo o San Pedro si no lo hacían tapadas o con el decoro de extensas mantillas españolas. La literatura del siglo XIX se hizo en español. Es producto de hispanohablantes. La literatura quechua, como producción vernácula del siglo XIX o como recuento histórico del incario aún no era materia de ninguna obra seria. El primer volumen de literatura inca se publicaría recién, treinta y tres años después, en 1938; lo preparó Jorge Basadre. Al respecto, contaba el doctor Porras en sus clases sanmarquinas que el gobierno de Benavides le encargó a Ventura García Calderón la publicación de una biblioteca básica de literatura peruana y que García Calderón consultó a Raúl Porras para ver si comenzaba con las obras del Inca Garcilaso o con un cronista anterior. Entonces el insigne maestro le sugirió comenzarla con un volumen de poesía quechua, a lo que asombrado respondió García Calderón: “¿Pero, existe una poesía quechua?”, “Claro —propuso Porras—, encárguele a Basadre que prepare una antología”. La anécdota la reproduce Washington Delgado en su breve *Historia de la Literatura Republicana*<sup>9</sup>.

Por tanto, en 1905, vanamente algún jurado le podría objetar a este o a cualquier otro graduando que hablara siquiera de la literatura

<sup>8</sup> Ídem p. 65.

<sup>9</sup> DELGADO, Washington, *Historia de la Literatura republicana. Nuevo carácter de la Literatura Independiente*. Lima: Ediciones Rikchay Perú, 1980, p. 21.

quechua o inca, porque su tesis, para comenzar, era una tesis sobre la literatura del Perú independiente y el Perú independiente, al menos el de la literatura, era el Perú castellano. Los que lo han reprochado después, por ejemplo Mariátegui, dos décadas más tarde, en 1928, en el ensayo “El proceso de la literatura” el por qué ignoró la literatura inca, encuentran una respuesta muy simple: primero, porque no era el tema de la tesis; segundo, porque en 1905 la literatura quechua estaba, prácticamente, sepultada como lo estaban aún Machu Picchu, Chavín de Huántar o Paracas; y, tercero, porque el mismo Mariátegui, en su famoso ensayo de la literatura tampoco comienza con los incas cuando enjuicia la literatura peruana, en los mismos 7 ensayos donde llama a Riva-Agüero encomendero. Sin embargo, examinando en frío e imparcialmente, como quería Vallejo, cien años después, observamos que el cuasi adolescente estudiante, en esta misma tesis que celebramos afirma lo siguiente: “Los indios tuvieron antes de la conquista, si no una verdadera literatura, por lo menos condiciones literarias definidas que han podido influir sobre los literatos de la República”<sup>10</sup>. Y, aunque esa literatura no era manejada muy bien en esos días, el graduando que acaso ya frecuentaba las crónicas —en las que sería experto, sin duda, luego de sustentar su tesis de doctor cinco años después en San Marcos— ya lo avizoraba así. En verdad, también Francisco García Calderón en un prólogo que hizo para una edición parisina de Melgar, en 1878, había trazado una breve reseña de los yaravíes y las formas poéticas incas, pero no podríamos aún hablar de un tratado serio sobre poesía inca ni mucho menos.

El segundo capítulo sobre la imitación en la literatura peruana parte de una afirmación central. Dice que el carácter de una literatura se explica no tanto por el genio de la raza como por otros dos factores: la imitación y la individualidad artística. Y en torno a estos

---

<sup>10</sup> RIVA-AGÜERO, *op.cit.*, p. 71.

factores es que vertebra su estudio. Dice que intenta explicar: “cuáles han sido las influencias que han dominado en nuestra literatura posterior a la colonia, y a la vez señalar la parte de originalidad (...) que corresponde a sus principales cultivadores”<sup>11</sup>. Al hacerlo postula que “Cuanto en el Perú se ha pensado o se ha escrito, es reflejo de lo que en otras partes se escribía y se pensaba. Mas no por eso deja de tener valor efectivo la influencia del carácter nacional”. Y agrega que “hay géneros (...) en los que el carácter peruano y la tradición criolla predominan sobre los modelos extranjeros, hasta el punto de hacémoslos olvidar”<sup>12</sup>.

Voy a repasar rápidamente estos dos conceptos en la intención del graduando. El de “las influencias que han dominado en nuestra literatura posterior a la colonia”; pero, antes, en el concepto del “carácter nacional”.

Voy a referirme a este “carácter peruano” o “carácter nacional” en el entender del joven Riva-Agüero. Para nosotros, ahora cien años después, las cosas están más claras. Por patria —es decir, por la tierra donde hemos nacido, ésta donde nacieron nuestro mayores y que hemos escogido para morir— entendemos una patria antigua que la ganó para nosotros el hombre de Lauricocha, en Huánuco, hace unos 10 mil años, que la engrandecieron en mucho los incas y la ensancharon aún más los españoles; conforme lo atestigua el mapa de 1810, mapa cercano a la época en que estos últimos se fueron. Esta tierra la hemos visto cercenada sensiblemente ya por nuestros propios errores en los siglos XIX y XX. Por nación, es decir, por la gente que aquí vivimos, entendemos un pueblo múltiple que se gesta hace menos de quinientos años cuando comienza el mestizaje de razas grandes y fuertes como la española, la inca y la negra y de la cual es expresión perfecta la frase de González Prada de que entre nosotros quien no tiene de inga tiene de mandinga. Y

---

<sup>11</sup> Ídem p. 74.

<sup>12</sup> Ídem.

así, de este modo, cuando pisamos tierra extraña, los de fuera nos miran como a hispanos o latinos, sin importar los rasgos que predominen en nuestro físico. Por estado, o sea por la organización político-jurídica, económica, etc., entendemos una república que nace hacia 1821 y 1824, cuando llega la expedición del argentino San Martín a Paracas y cuando la expedición del venezolano Bolívar cierra la tenaza por el norte. El Perú como país, es decir, como concepto global, como entidad distinguible de otras, el Perú como país contemporáneo, el Perú actual, sin duda nace con la llegada de nuestros fundadores allá por 1532, pues fueron ellos los que le pusieron ese nombre y los que lo incrustaron en el corpus de la cultura mundial y lo hicieron distinguible entre otras entidades similares de occidente, como México, como Panamá, o como la propia España.

Del Perú actual, hay que decir que en él es imposible hacer preguntas que busquen distinguir hasta dónde llega lo español de Vallejo, autor castellano, y donde comienza lo indio del mismo santiaguino. O dónde termina lo indio y donde comienza lo español del cuzqueño Garcilaso, o hasta dónde es negrito nuestro limeñísimo San Martín de Porras, hijo de un hidalgo español de Burgos. O dónde comienza lo indio y donde termina lo español de algunos de nosotros o de las ciudades donde aún vivimos: Lima, Arequipa, Cajamarca, Trujillo; o de la mayoría de nuestros usos y costumbres como el de seguir con una velita al Señor yacente en la procesión sevillana de Ayacucho o el cargar las andas de oro del Cristo Moreno de Pachacamilla.

En el entender de Riva-Agüero, las cosas, sin embargo, no se habían aclarado por completo; pero ya se acercaban a esta concepción, cuando dice: “la literatura colonial fue y debía ser exacta imitación de la española”<sup>13</sup>. Lo cual nos parece obvio, puesto que el Perú de los siglos XVI al XVIII o XIX era un Perú español, en todo lo

---

<sup>13</sup> Ídem p. 75.



que a la cultura oficial, al meta-texto o al canon imperante se refiriera. Pero, inexplicablemente, recusa esta literatura por esa misma razón cuando la juzga y dice: “¿A qué se reduce, pues, la literatura colonial? A sermones y versos igualmente infestados por el gongorismo y por bajas adulaciones, y a la vasta pero indigesta erudición (...) literatura vacía y ceremoniosa, hinchada y áulica (...) caduca e infantil, (...) repulsiva para el artista y el poeta”<sup>14</sup>. Estoy hablando del estudiante que se está graduando, porque después cuando él mismo va conociendo más esta literatura del Perú español, las rectificaciones tendrían que ser urgentes. Y así lo hizo valientemente cuando al publicar la tesis, el mismo año de 1905, agrega un apéndice y escribe: “...he incurrido en positivos errores. Es mi deber indicarlos. I.- Ha sido una ligereza de mi parte decir que ‘la literatura de la colonia no presenta en la lírica religiosa ni en la profana, composición alguna digna de recuerdo’”<sup>15</sup>. “Algo se aprende en un año; y al releer ahora las primeras páginas de este folleto, escritas a principios de 1904, veo que he exagerado”<sup>16</sup>. Y es que la dulce voz de Amarilis, la hermosa piedad de Diego de Hojeda y los deliquios de la anónima del *Discurso en loor de la poesía* lo habían hecho retroceder en su recortada apreciación. Pero, valga la rectificación también, para certificar un par de verdades disimuladas: la tesis la escribió no a los veinte años, sino a los diecinueve; y, modestamente, le llama folleto a una tesis de más de 300 páginas.

En cuanto a “las influencias que han dominado en nuestra literatura posterior a la colonia” el joven Riva-Agüero las resume, descontada la influencia española, a la influencia francesa que se da en los años previos a nuestra república independiente, pero siempre vía la ahora indiscutible hispanidad de nuestras letras republicanas; y así dice: “...al finalizar el siglo XVIII, trascendió al Perú el espíritu

<sup>14</sup> Ídem p. 76.

<sup>15</sup> Ídem p. 308.

<sup>16</sup> Ídem p. 307-8.

innovador que ya animaba a España desde el reinado de Carlos III. Soplaron entonces ráfagas de renovación intelectual, precursoras de la Independencia, y llegaron hasta acá los ecos de Voltaire y la Enciclopedia”<sup>17</sup>. Las otras influencias que señala en el siglo XIX, la italiana, inglesa o alemana, son casi imperceptibles.

Riva-Agüero comienza su estudio de autores propiamente con Mariano Melgar; así afirma que “Nuestra literatura del siglo XIX principia con el poeta arequipeño Mariano Melgar”<sup>18</sup> y, a partir de él comienza un discurso crítico cuyos fundamentos él mismo explica en algunos pasajes meta-textuales, como por ejemplo, cuando contraponen su concepción de la crítica a la de González Prada y sus émulo. La crítica, dice, no debe conducir a una intransigencia rígida y unilateral, que solo vea una sola faz del hombre y de la obra. La crítica no debe negarse al asombro o a la curiosidad tolerante o amplia, es decir, a la simpatía crítica que permita “adivinar la personalidad del escritor unificándose con él, procurando reconstruir sus ideas y emociones, colocándose en sus puntos de vista y por momentos reviviendo mentalmente su vida”<sup>19</sup>. La crítica dice, no debe juzgar desde fuera con prevención hostil, negándose a apreciar la animada complejidad de lo orgánico, la percepción de los matices. La crítica no debe ser un alegato *pro domo sua* “y quien no se avenga con la idiosincrasia del crítico, salga de su tribunal irremisiblemente condenado”<sup>20</sup>. En otras palabras debe ser imparcial y no una crítica de parte o parcializada. En fin, el graduando sanmarquino postula en su trabajo que la crítica no debe ser maniquea, es decir, o solo apoteosis o solo diatriba. Sin que eso signifique, por supuesto, que la crítica deba ser complaciente o mediatizada. En otro momento, ya al finalizar su obra escribe: “Creo haber probado en algunos pasajes de mi

---

<sup>17</sup> Ídem p. 77.

<sup>18</sup> Ídem p. 78.

<sup>19</sup> Ídem p. 238.

<sup>20</sup> Ídem p. 239.

tesis que no temo decir la verdad y que no me arredra tratar de los vivos, ni en caso necesario herir la vanidad literaria, la más irritable de todas las vanidades”<sup>21</sup>.

Con tan claras ideas ahora podemos entender por qué le llama a Melgar “un momento curioso en nuestra historia literaria”<sup>22</sup>, porque si bien al innovar las letras castellanas con la asimilación del yaraví indígena, y tener momentos de felices destellos de clara poesía, sigue rimando en idioma castellano y, en decir del graduando “rima pobremente, su vocabulario es reducido y desgarbado y lo afean expresiones de mal gusto”<sup>23</sup>.

A partir de allí asombra el novel sanmarquino con sus apreciaciones severas sobre las cumbres y las medianías del siglo XIX. Creo que el poeta favorito del graduando era Quintana porque no pierde ocasión de medir a casi todos nuestros poetas del XIX con él. Después de Melgar examina a Olmedo, Larriva, Valdez, a José María Pando.

El capítulo tercero está dedicado a Felipe Pardo y Aliaga y a Manuel Ascencio Segura, principalmente. De Pardo dice que: “Hablar del teatro de Pardo, sería notoria hipérbole. Sus comedias que son tres, y de las cuales solo se representaron dos (...) no constituyen un teatro”<sup>24</sup>. Y que “su principal mérito (...) consiste en las noticias que nos dan sobre el modo de vivir de nuestros abuelos, sobre la costumbres limeñas de principios del siglo pasado”<sup>25</sup>, es decir, del Perú español del XIX: “...no son estas comedias obras exclusivas de imitación española; al contrario, son un perfecto retrato de la sociedad limeña de aquella época”<sup>26</sup>. Dice que “Lo propio sucede con los artículos de costumbres (...) que se reducen a dos: ‘El paseo a Amancaes’ y ‘El niño Goyito’”<sup>27</sup>. Finalmente, con la rotundidad de

<sup>21</sup> Ídem p. 259.

<sup>22</sup> Ídem p. 79.

<sup>23</sup> Ídem.

<sup>24</sup> Ídem p. 115.

<sup>25</sup> Ídem p. 117.

<sup>26</sup> Ídem p. 116.

<sup>27</sup> Ídem p. 117.

sus juicios, el sanmarquino declara: “Si Pardo no hubiera compuesto sus sátiras políticas, sería un literato elegante y apreciable y nada más”<sup>28</sup> y para explicarlas hace un enjundioso examen de nuestras peripecias político-sociales en el Perú Independiente, que dichas por un estudiante, sacuden aún más nuestra sensibilidad como aquella apreciación con la que comencé esta plática de que el Perú del siglo XIX acabó por destrozarse con sus propias manos.

A Segura sí lo quiere: “...es un verdadero literato”, dice, “...posee vida, movimiento desenfado, intenso colorido local; todas las cualidades propias de los que comprenden y aman al pueblo”<sup>29</sup>. Señala sus defectos, pero se rinde a la evidencia: “Segura ha retratado aquel período de transición que va de 1824 a 1860 (...) en el cual aún había tapadas y se bailaba la legítima mozamala”<sup>30</sup>.

El capítulo cuarto estudia el romanticismo en el Perú. Estudia a los grandes, es decir, se recrea con el ‘Acuérdate de mí’ de Salaverry y despliega un examen juicioso, acertado y extenso de nuestro primer escritor del XIX, es decir, Palma. De él dice: “acertó a emanciparse de la imitación servil y borrosa, y a pensar y sentir por sí mismo. Supo al cabo, en verso como en prosa, ser alguien, expresar sus personales sentimientos”<sup>31</sup>. Pero aclara que “cuando se le proclama príncipe de la literatura patria, no se piensa en sus poesías sino en sus Tradiciones”<sup>32</sup>. Ellas “para los que hemos nacido en este rincón del mundo y amamos con filial cariño los patrios recuerdos, poseen una magia indefinible”<sup>33</sup>. También estudia a los poetas medianos y a propósito de ellos despliega una curiosa teoría: “Los poetas malos no tienen derecho a existir; los medianos, sí; y, leídos a ratos y con indulgencia, gustan y hasta pueden enseñar. Si no se

---

<sup>28</sup> Ídem p. 118.

<sup>29</sup> Ídem p. 128.

<sup>30</sup> Ídem p. 132.

<sup>31</sup> Ídem p. 179.

<sup>32</sup> Ídem p. 180.

<sup>33</sup> Ídem p. 187.

atendiera a las medianías, muy escasos serían los nombres de la literatura peruana”<sup>34</sup>. En este capítulo también estudia las manifestaciones escasas de la novela peruana del siglo XIX.

Confieso que el capítulo quinto, en el que trata a los escritores de la post guerra del Pacífico es el que me ha revelado las calidades superiores de la crítica del ilustre graduando sanmarquino. Cuando comenta un texto de González Prada dice de él: “El hombre que ha dicho todo esto es un patriota (...), que con la clarividencia que da el amor ha visto nuestros males, ha palpado nuestras lacerías y ha prorumpido desde el fondo de su alma airada en palabras de terrible y desgarradora verdad”<sup>35</sup>. Pero, vivo aún el maestro Prada le enrostra sus errores con afecto, pero con toda claridad: “Admiro a González Prada como estilista; lo respeto personalmente”, le dice, “...pero sus proyectos políticos me parecen errados”<sup>36</sup>. No está de acuerdo con su visión del Perú ni con la de sus seguidores: “González Prada y sus discípulos todo lo exageran, violentan y sacan de juicio (...) El Perú es para ellos un presidio suelto”<sup>37</sup>. No parece un joven de diecinueve años el que le explica al viejo maestro que “Nuestra regeneración (...) vendrá del progreso en la educación; del incremento de la riqueza; del desarrollo de la actividad; del combate sin tregua contra la inercia, contra la pereza criolla que nos mata; de la consolidación de la paz; de la estabilidad de los gobiernos; de una acertada reforma constitucional”<sup>38</sup>. En otro momento le dice: “Defendamos dondequiera la libertad de conciencia (...) dejemos que en las universidades y en los diarios, en la tribuna y en el libro, se manifiesten todas las doctrinas; no proscribamos ninguna, no nos erijamos en jueces infalibles de la verdad”<sup>39</sup>. Recusa su prédica violentista y le recuerda la responsabilidad de un intelectual

<sup>34</sup> Ídem p. 155.

<sup>35</sup> Ídem p. 241.

<sup>36</sup> Ídem p. 243.

<sup>37</sup> Ídem p. 244.

<sup>38</sup> Ídem p. 245-6.

<sup>39</sup> Ídem p. 248.

cuya pluma es leída con fruición por los jóvenes, que son los más influenciados. Colombia, le dice al maestro, es “un solemne ejemplo que enseña cuales son los malditos frutos del charlatanismo de los ideólogos”<sup>40</sup>. “Pero señalar defectos no es tarea muy ardua; lo importante es proponer remedios”<sup>41</sup>. Estas frases las podríamos haber escrito nosotros en la mañana de hoy, pero las escribió un muchacho de San Marcos, ahora justamente hace cien años.

El llamado capítulo sexto y final, es de apenas poco más de una página y en él se rehúsa a tratar a las promesas del momento, por extrema prudencia.

De sus conclusiones ya he dicho algo al comienzo; y en ellas, repito, se entremezclan consideraciones literarias, sociológicas, educativas, etcétera.

Algunas reflexiones finales: Escribir una tesis, mirándolo bien, si uno se aplica, puede ser un trabajo relativamente sencillo; de hecho, todos los días se sustentan tesis en el país. Pero hacer una tesis que al cabo de un siglo sorprenda por su seriedad, por sus juicios maduros y, sobre todo, se convierta en paradigma de dedicación, de compromiso con la cultura, de punto de referencia de cómo deben ser los trabajos de investigación, es decir, originales, pioneros, que desbrocen el camino, ya no resulta tan fácil. Por ello, el trabajo de Riva-Agüero es admirable. Ahora bien, que este trabajo lo realice un estudiante cuasi adolescente, que nos dé lecciones de cómo la intelectualidad se puede poner al servicio de lo que está por hacerse en el país, es doblemente admirable. No quiero decir nada de los elogios que prodigaron en su momento Unamuno o Menéndez y Pelayo, por citar los más ilustres, porque los halagos se ponen amarillos finalmente como las fotografías. Tampoco quiero decir nada más de las diatribas y escozores que provocó la tesis del sanmarquino

---

<sup>40</sup> Ídem p. 247.

<sup>41</sup> Ídem p. 242.

Riva-Agüero, en su momento: el tiempo las ha sepultado con sus arenas implacables. Por haberse aferrado a nuestra suelo, por juzgar que aquí se cumplían las dimensiones de su destino, por dedicar los mejores años de su juventud a amar nuestra historia, nuestras letras, nuestros valores, nuestras vicisitudes, por dedicarle al Perú sus mejores energías, me inclino reverente ante la memoria de este estudiante, autor de esta tesis de hace cien años. Que su esfuerzo sea el paradigma de nuestros afanes presentes.

### ***Bibliografía***

- Riva-Agüero**, José de la, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, estudios de Literatura Peruana. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962. p. 115.
- Mariátegui**, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta, 1996, 64ª edición.
- Sánchez**, Luis Alberto, *La literatura peruana*. Lima: Ediventas, 1966. Tomo IV.
- Delgado**, Washington, *Historia de la Literatura republicana. Nuevo carácter de la Literatura Independiente*. Lima: Ediciones Rikchay Perú, 1980, p. 21.
- Coello**, Óscar, *El Perú en su literatura*. Lima: Ediciones El Dorado, 1983.